

## RESEÑA

Cussen, Celia (editora). *Huellas de África en América: Perspectivas para Chile*, Editorial Universitaria, Ediciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago, 2009.

*Huellas de África en América: Perspectivas para Chile* es una publicación esperada en el contexto historiográfico nacional. Si bien, durante la última década, los estudios sobre la población africana y afrodescendiente del período colonial e inicios de la república, dan cuenta de una producción sistemática en forma de tesis y artículos; el panorama historiográfico chileno es aún muy incipiente. De ahí la relevancia de este libro, pues presenta diversos puntos de vistas, perspectivas, así como preguntas que pueden guiar al público especializado e interesar al público en general que, usualmente, desconoce el tema para el caso de Chile.

El libro editado por Celia Cussen, conformado por seis artículos presentados en el coloquio internacional del mismo nombre que fuera realizado en mayo de 2007, intenta dar un panorama posible respecto de las diversas formas en que los afrodescendientes, esclavos o libres, se integraron a, e influyeron en, la sociedad iberoamericana. Es, en definitiva, una invitación a seguir investigando esta problemática.

Como bien describen y analizan los diversos artículos del libro, negros, pardos, mulatos, zambos fueron, junto a españoles, mestizos e indígenas, parte de la población que estableció las dinámicas sociales, culturales y económicas de Iberoamérica desde la Conquista misma. El caso chileno no fue, por cierto, una excepción.

Es este un libro con perspectiva comparada y global. No en vano, varios de sus autores mencionan la importancia de plantear el problema de la esclavitud desde la "world history" (Carmen Bernand), o la pertinencia de comparar los regímenes

esclavistas anglo e hispano americanos (Herbert Klein) y, por último, promover investigaciones que entiendan la diáspora africana en el contexto del mundo Atlántico que ha de tener, no podría ser de otro modo, a África incorporada en el horizonte no sólo geográfico, económico y cultural, sino también político (Mariza Soares). Ello se reitera en los artículos de Jean-Paul Zúñiga, Celia Cussen y Javiera Carmona, que tratan casos locales sin perder de vista el contexto del llamado Mundo Atlántico.

Ahora bien, de forma específica, Carmen Bernand describe cómo las categorías para definir lo africano, los africanos, los esclavos, y la población libre de color, fueron estableciéndose y cambiando a lo largo de los siglos XVII y XVIII, centrándose especialmente en la segunda mitad de éste último. Asimismo, describe cómo el espacio urbano fue fundamental en aquellas definiciones. Para ello se centra en casos de diversas ciudades iberoamericanas donde la modalidad de la esclavitud era el trabajo doméstico y a jornal. A través de una diversidad documental, como juicios, tratados y cartas que fueron producidos por, o que refieren a, esclavos y castas libres, Bernand invita a reflexionar sobre "la génesis mestiza y urbana de las identidades de los descendientes de africanos"(p.16). Ello se relaciona a su vez con el impacto que dichas identidades tuvieron en la cultura y sociabilidad de las ciudades iberoamericanas, así como en la definición de "pueblo" durante fines del XVIII y principios del XIX y, finalmente, en la conformación de las identidades nacionales.

Cabe destacar que, a través del estudio de los afrodescendientes, las definiciones de mestizaje e identidad étnica se muestran como categorías flexibles que permiten cuestionar ciertos esencialismos interpretativos que, a estas alturas, deberían estar superados:

“Lo que hoy se afirma como “identidad étnica” inalterable, es en muchos casos una construcción híbrida; lo que nos muestran los documentos del pasado es una dinámica cultural “mestiza” que adopta diferentes estrategias: integración, asimilación o separación espacial; imitación, identificación o distinción respecto a los modelos dominantes, conflictos generacionales, hostilidad de los residentes antiguos a los recién llegados, etc., estrategias que dependen de los actores en presencia de las motivaciones personales y de los contextos históricos” (p.16).

En conclusión, este artículo insiste en que para comprender la presencia africana en Iberoamérica debemos guiarnos tanto por la condición de esclavos o esclavas, como también por la condición de libres y/o libertos, de la población de color. Ésta “no constituye una masa homogénea” (p.18). De esta forma, Carmen Bernand da cuenta cómo “las identidades no funcionan de la misma manera entre un esclavo negro bozal de nación Conga, un sargento de milicias mulato o un criollo libre y pardo. Sin olvidarnos de la importancia del género en la construcción de los estatus y de las identidades” (p.20).

El artículo de Herbert Klein, por su parte, nos pone al día con “las diferencias y similitudes entre los regímenes esclavistas en el continente y la influencia de estas diferencias, si existen, en la integración de

los ex esclavos en las sociedades post-emancipación” (p.35) Este artículo pasa revista a diversa bibliografía y a dos posiciones historiográficas, la comparativa y la local, que se ocuparon del tema entre 1940-1980. Luego, Klein se adentra en las diferencias y semejanzas entre la esclavitud de plantación y la urbana. Esta última, es más representativa de las sociedades hispanoamericanas y sirve al autor para ilustrar variaciones respecto a la primera, tanto en las colonias inglesas como españolas en América.

De esta manera Klein invita al lector a informarse sobre esas diferencias y similitudes, así como a relevar una mirada historiográfica comparativa. Con todo, este trabajo pone más énfasis en aquellas cuestiones relativas a la esclavitud de plantación en el sur de Estado Unidos y la zona del Caribe (especialmente Cuba) y Brasil.

En cuanto a las similitudes, Klein plantea que radicaban en los fundamentos económicos, en la medida que los africanos eran una mano de obra alternativa más barata. Por otro lado, la estructura de posesión de esclavos era también parecida: “un tercio de su población [se refiere a todos los países excepto a las islas francesas y el Caribe] consistía en esclavos y una tercera parte de las personas libres eran amos de esclavos...” (p.38). Una tercera similitud era que habían pocas distancias en la organización del trabajo esclavo para la agricultura comercial.

Las diferencias, en tanto, consistían en que la tecnología de producción utilizada era específica del tipo de cultivo, según fuese de azúcar o de café, por ejemplo. Otra distinción se encontraba en los *corpus* legales, siendo el contexto iberoamericano más flexible que el anglosajón a la hora de permitir, e incluso promover, la autocompra por parte de los esclavos de su libertad, lo que incidía en su ascenso social. Otra

diferencia importante, era la organización obrera de las plantaciones y haciendas. Y es que la disponibilidad de trabajadores blancos influía en el grado de experticia de los esclavos pues, al escasear los primeros y especializarse los segundos, ambos entraban en competencia. Según Klein la “apertura del mercado obrero para los esclavos y personas libres de color constituye una de las diferencias cruciales entre los regímenes esclavistas” (p.39). Dicha apertura y la consecuente movilidad social y geográfica que esto podía significar, fue especialmente efectivo en el caso iberoamericano. Ello lleva a afirmar al autor que, para los casos de regímenes de plantación iberoamericanos más notables, como lo fueron Brasil y Cuba, estas fueron “las verdaderas sociedades capitalistas y que los Estados Unidos eran la excepción” (p.40). Ello porque “económicamente era más eficaz permitir mayor movilidad a la mano de obra esclava para hacerla más aprovechable a menos costo. También tenía sentido económico permitir la autocompra... Los dueños norteamericanos, que aumentaron sus gastos de mantenimiento en nombre de la seguridad, produjeron de hecho una política anti económica” (p.40).

Una última diferencia que señala Klein, y que vale la pena destacar, es aquella relativa al papel de los libertos y la discriminación racial. Para el autor, la población afrodescendiente libre “jugó un papel mucho más importante en las sociedades latinoamericanas que en las colonias y naciones inglesas” (p.42). Ello se concretó en organizaciones como las milicias y cofradías, por mencionar algunas. De otro lado, en ciudades hispanoamericanas, como Ciudad de México, “la discriminación racial entre los pobres era bastante limitada y el color era un marcador muy fluido que podría cambiar durante el curso de una vida” (p.42). Entonces, diversas coordenadas identitarias conformaban el

lugar social de los sujetos. Al contrario, en los Estados Unidos y las colonias inglesas “el color de la piel era el único marcador de status...” (p.42). En resumen, se apunta a la importancia de examinar al segmento libre de la población afrodescendiente pues, sin su estudio, “no podremos jamás entender en su totalidad un sistema de esclavitud” (p.46).

Finalmente, Herbert Klein deja perfilada áreas de investigación que permitirían explicar las diferencias entre naciones y regiones. Algunas de aquellas serían: instituciones como la manumisión, la acumulación de capital humano por los esclavos, disponibilidad de papeles económicos y sociales alternativos dentro de la esclavitud, carácter de la población libre.

El interesante artículo de Mariza Soares es producto de sus recientes investigaciones respecto a las rutas de la esclavitud en África; desde el interior del continente hasta los puertos de la costa africana en el siglo XVIII. La autora intenta reconstruir tanto las rutas, como los itinerarios vitales, de quienes fueron víctimas de la migración forzosa a América a través de la trata esclavista. El estudio de aquellas rutas permite a la autora comprender y aventurarse respecto a la conformación de las identidades étnicas (según la conceptualización de Barth) de aquellos esclavos que llegaron a Minas Gerais, Brasil, durante la primera mitad del siglo XVIII. A partir de libros de cofradías, archivos notariales y eclesiásticos, Soares rescata datos biográficos que le permiten identificar procedencias y “evaluar la complejidad de esas identidades y la posibilidad de establecer una cronología de la diáspora a partir de ellas” (p.59). La autora se centra en indagar respecto a “aquellos que no se mueven, que establecen lazos estrechos en los lugares adonde llegan, instalándose y permaneciendo”. (p.52). Se

refiere, entonces, a las dinámicas sociales que fueron consecuencia de la “dispersión de once millones de esclavos que atravesaron el Atlántico a lo largo de cuatro siglos” (p.50).

Por otro lado, cabe destacar que estamos ante una investigación que considera grupos: “aquí la biografía importa como metodología y no como narrativa” (p.52) En particular, con “mina-mahis” (o maki/makinos), que se concentraban en Río de Janeiro, y los mina-couras (o couras/couranos) que se encontraban en la ciudad de Mariana. Estos grupos, a su vez, han de ser entendidos como grupos de procedencia o subgrupos al interior de otro mayor de procedencia mina. En ese sentido, la investigación trata no tanto con individuos aislados como con grupos que sufrieron un aprisionamiento colectivo.

Es así como el trabajo de Mariza Soares, apunta a comprender la historia de la esclavitud como un fenómeno que compete a la Historia de las Américas, del Caribe y de Africa. En ese sentido, la autora se sitúa en una suerte de “giro” que ha hecho evidente que la reflexión sobre los mundos iberoamericanos no puede ignorar la presencia africana en él: “Semejante giro abre el camino hacia una perspectiva historiográfica que incorpora no solo al comercio Atlántico de esclavos (...), sino también a la diáspora africana, dándole mayor relevancia a la dispersión de los esclavos africanos y a sus modalidades de reinserción social” (p.50).

Desde una escala más local, si bien con perspectiva global, la propuesta de Jean-Paul Zúñiga se sustenta en la necesidad de comprender las formas en que se configuró y desarrolló el fenómeno esclavista en el Reino de Chile, una sociedad *con esclavitud*. Es decir, siguiendo la definición de Finley, aquella cuya producción no se organiza en función de la

mano de obra esclava. En ese sentido, en las sociedades *con esclavitud*, urbanas principalmente, la concentración de esclavos es más dispersa, y orientada a diferentes tareas productivas. Es el caso de Chile, pero también de Perú, Río de la Plata, Nueva España, incluso el sur de Brasil.

Ahora bien, para adentrarse en la presencia de los afrodescendientes, Zúñiga analizó archivos parroquiales de la ciudad de Santiago entre 1633-1644, período del cual obtuvo una muestra de 720 bautizos de negros y /o esclavos. Del análisis de las actas de bautismo, el autor plantea diversas interrogantes, entre ellas, la de cómo definir al sujeto esclavo y su relación o no con la condición fenotípica (negro, mulato, etc.). A través del cruce de datos de los archivos parroquiales, Zúñiga comprueba que, al igual que en otras zonas del mundo ibérico, “el negro es, desde fines del siglo XVI, el esclavo por antonomasia” (p.89).

Respecto a la posesión de mano de obra esclava Zúñiga advierte que, para el universo de su muestra, dicha posesión es generalizada y dispersa: “las tres cuartas partes de los dueños poseen como máximo 4 esclavos” (p.90). Para el autor, esto habría favorecido el matrimonio de esclavos de amos diferentes y, en consecuencia, cierta movilidad de la mano de obra servil. Cabe tener presente, además, que la tenencia de mano de obra esclava se encontraba distribuida en todos los grupos sociales. Zúñiga interpreta esto como una “democratización del acceso a la mano de obra” (p.94), pues la esclavitud era tan común que su acceso estaba al alcance de la mayoría de la población libre. En efecto, no es extraño que “los sectores modestos inviertan porciones considerables de su escaso patrimonio en la posesión de esclavos” (p.94). Ello invita, además, a reevaluar el rol suntuario que la historiografía ha asignado a la esclavitud

urbana, para comprenderla en el contexto de diversas relaciones económicas.

Finalmente, es pertinente mencionar los efectos que la dispersión espacial y social en la ciudad tuvo sobre la población esclava. Este efecto, que calificaría de “político”, habría frenado la constitución de un grupo que solidarizara entre sí. La diversidad étnica, lingüística y social de las sociedades africanas habría influido en la no conformación de los “negros” como un grupo definido, al menos para el caso chileno. En este sentido, nos dice el autor hay que pensar en el fenómeno migratorio que afectó a los africanos. De esta manera, si es que hubo alguna solidaridad cultural de los migrados forzosamente de África a América, aquella se habría afincado más en la condición de esclavo que en el color o el origen africano. De ahí que Zúñiga afirme que “la piedra angular de la identificación social... es la condición servil” (p.100). Por ello, además, un cambio en dicha condición supondría una redefinición en la adscripción identitaria. Con todo, dicho cambio, nos advierte Zúñiga, debe ser tomado con distancia si tenemos presente que las sociedades iberoamericanas no eran estamentales, sino de conquista. Es decir, sociedades cuyas identidades se negociaban permanentemente, dentro de los límites del contexto histórico y social. Como sea, Zúñiga sugiere, para terminar su artículo, que la movilidad social de algunos negros habría contribuido a su desaparición del paisaje social chileno por un proceso de *blanqueamiento*. O, por el contrario, el fracaso de otros, que al no poder moverse socialmente se ocultaron para luchar contra el estigma del origen servil que pesaba sobre ellos. Una conclusión sugerente, la de Jean-Paul Zúñiga, que abre interrogantes respecto a esa movilidad en el contexto del Chile colonial y respecto al efecto que las ficciones republicanas pudieron haber tenido sobre la mirada – no solo historiográfica, sino

también cultural y social- para no ver lo evidente.

Por medio del estudio de casos, Celia Cussen nos invita a reflexionar respecto a la configuración de una posible memoria de la esclavitud en Chile a través del análisis de 60 testamentos de ex esclavos y esclavas, descritos como pardos, mulatos, cuarterones o negros, entre 1565 a 1792. En ese sentido, es la situación post esclavitud, la de la manumisión, y las fuentes que ésta produce la que nos permitiría acercarnos al mundo de la población y castas libres en el Santiago colonial.

Cussen reflexiona respecto de los testamentos y de qué forma su uso indica la integración de los afrodescendientes en la sociedad colonial, así como la organización y distribución de sus bienes para, en algunos casos, obtener la libertad de familiares en estado de esclavitud. En ese sentido, la autora propone que “los testamentos de pardos libres del Santiago de Chile colonial sugieren nuevas interrogantes sobre la complejidad de la transición desde la esclavitud a la libertad, y sobre su impacto a largo plazo en la ciudad que acoge a los ex esclavos” (p.134). Si bien, el artículo no pretende dar respuestas tajantes, intenta describir algunas de las formas en que esa transición se realizaba.

En primer lugar, menciona la autocompra como el modo más común de obtener la libertad. Sin embargo, se debe tener cuidado en suponer que la libertad significaba una movilidad social inmediata, o una garantía de ella para la descendencia. Cussen advierte que, a veces, era más fácil que un esclavo ascendiera socialmente que un miembro de las castas libres: “aunque la información preliminar sugiere que la descendencia de los esclavos libertos pudo haber alcanzado importantes conquistas sociales especialmente en el terreno de la opción matrimonial, éstas y sucesivas

generaciones no siempre pudieron consolidar estratégicamente su posición económica ni valerse de los resortes con que contaban sus padres, tales como relaciones de patronazgo con miembros de la elite o una cercanía con las instituciones religiosas” (p.115). Por otro lado la manumisión no cortaba los lazos serviles, según indican tanto los *corpus* legales de la época, como la documentación revisada.

Hecha una apreciación general sobre la manumisión y los testamentos, Cussen nos presenta la historia de Miguel de Marigorta, un zapatero natural de Guinea que testó en 1731 en la ciudad de Santiago. Del análisis del testamento de Marigorta se desprende que estaba integrado en la sociedad colonial. Para Cussen, ello da cuenta de un Santiago colonial “que podía ser relativamente tolerante” (p.120) en comparación con la compleja relación que en la actualidad se tiene con la población migrante en Santiago. Por otro lado, advierte que Marigorta habría asimilado la cultura hispano criolla, en ese sentido “ya no era un africano de tomo y lomo, sino un afrochileno” (p.120).

A casos como el descrito, se suman otros que invitan a reflexionar, a través de los testamentos, las relaciones de afecto, gratitud y dependencia entre esclavos y amos. Es el caso, entre otros, de Josepha Lillo, parda, quien legó sus bienes a su antigua ama. De otra parte, la manumisión graciosa o el otorgamiento de libertad en testamentos de amos era otra vía de liberación. Esta disposición, para Cussen, introduce a tener en cuenta que la manumisión era “el resultado de una larga negociación entre las partes” (p.122).

Otro aspecto que cabe destacar dentro de las vías de integración social de la población afrodescendiente es la participación en cofradías. El carácter multiétnico de las cofradías en que participaban aquella es un dato importante.

En efecto, de la información de los testamentos trabajados por Cussen, se sabe que 40% de los testadores participaban en una o más de estas hermandades, las cuales “más que consolidar o reforzar una identidad colectiva... reflejaban una mayor confianza en el negro en la sociedad colonial chilena –en comparación con otras sociedades americanas- , a la vez que reforzaban el proceso de su integración en la sociedad local, todo lo cual redundaba en un aumento de sus posibilidades de ascenso social” (p.127).

En conclusión, el artículo de Celia Cussen nos presenta cómo los testamentos, su producción y contenido, son útiles para rastrear los diversos vínculos familiares y sociales que los afrodescendientes, libres o esclavos, generaban durante su vida.

El artículo de Javiera Carmona cierra este volumen. Su trabajo nos invita a reflexionar respecto a la resistencia esclava a través del alzamiento de esclavos a bordo de la fragata *Trial* en 1804, ésta se dirigía hacia el puerto del Callao desde Valparaíso, “uno de los mercados negreros más activos del Pacífico Sur” (p.153). Asimismo, el análisis de este caso sirve para que la autora nos guíe por diversos temas que involucran al comercio esclavo. La documentación de la época, principalmente cartas e informes entre la Intendencia de Concepción y la Real Audiencia de Santiago, así como bibliografía especializada permiten reconstruir el contexto general que explica el caso del *Trial*.

A raíz de esta revuelta, que involucró a 72 esclavos (hombres y mujeres adultos, jóvenes y niños) que viajaban como mercancía a bordo del *Trial*, Carmona destaca como este episodio “aporta con elementos para discutir sobre las características del tráfico suramericano de esclavos, el que remite de manera inexorable a la propia historia de África” (p.151). La

procedencia y características de los esclavos que transportaba el *Trial*; el tráfico esclavista en general; las especificidades del comercio de esclavos en África, el Atlántico y el Pacífico Sur; por último, las relaciones de poder entre esclavos y amos y entre la misma población esclava a bordo del *Trial* son aspectos tratados en este artículo que invitan a reflexionar sobre una historia Atlántica, en definitiva.

En cuanto al episodio en cuestión, cabe decir que el *Trial* fue secuestrado por esclavos “bozales” provenientes de Senegal, según informó el Intendente de Concepción. El propósito del alzamiento era dirigirse a “Tierra de Negros” (actual Haití, tal vez) o la Isla de San Nicolás, en el archipiélago de Cabo Verde. Para ello, los amotinados dejaron con vida al capitán de la fragata, Benito Cerreño, y algunos tripulantes. Sin embargo, en su huida a tierras africanas, el *Trial* quedó varado en la isla Santa María, frente a la ciudad de Concepción. Ahí el motín fue reducido y, posteriormente 9 de los esclavos fueron sentenciados a morir en la horca en el puerto de Talcahuano como medida “ejemplificadora”.

Ahora bien, dentro de los diversos aspectos que destaca Carmona, es interesante señalar que las categorías con que fueron identificados los esclavos alzados son contradictorias. Esto invita, además, a “discutir sobre las categorías aplicadas a los africanos y afrodescendientes que cristalizaron en los registros oficiales” (p.41), del *Trial* en este caso. La autora advierte que, a pesar de estar identificados como bozales, es decir como africanos, los esclavos a bordo del *Trial* presentaban características de “occidentalización en desarrollo” (p.142). Como el manejo del español o portugués hispanizado, cuestión que se deduce, por ejemplo, de la comunicación verbal con el capitán Cerreño. Al respecto, Carmona advierte que bozal y ladino son categorías que muchas veces

están en continuidad y no en oposición, dando cuenta de la complejidad de los procesos de dominación sufridos por la población africana, tanto fuera y dentro de África. Ello, a su vez, lleva a preguntarnos qué es lo “africano” en la época estudiada. En efecto, las homogeneizaciones se evidencian históricamente confusas e historiográficamente reduccionistas pues invisibilizan una diversidad que se demuestra, por ejemplo, en el perfil de los líderes del alzamiento del *Trial* quienes, probablemente, eran musulmanes letrados.

El artículo de Javiera Carmona es interesante pues permite reflexionar, a partir del caso del *Trial*, sobre diversos aspectos de la trata esclava, como las diferencias entre el comercio Pacífico y Atlántico, así como en las lógicas de sobrevivencia de los esclavos y los procesos de resistencia y adaptación de los migrados forzosamente desde África.

Para terminar, cabe decir que *Huellas de Africa en América: perspectivas para Chile*, estimula a reflexionar sobre un pasado complejo y diverso, el de los afrodescendientes, del cual aún queda mucho por investigar. Asimismo, invita a reevaluar ciertos lugares comunes de la historiografía chilena relativos a la conformación de la sociedad “mestiza” y el rol que en ella tuvieron esclavos, esclavas y sus descendientes.

**Carolina González U.  
Marzo 2010**